

Sección 6

Problemas familiares

Lab. 6: Problemas de indole familiar
07: Documentos



Después de la exposición del hecho.
Una exposición de las motivaciones. He preferido unos documentos directos. Sé que tiene su riesgo. Pero ya está hecho.

Los lectores de buena voluntad repetirán la lectura de cada una de las cartas. (Sospecho que para algunos, ya supondrá bastante buena voluntad el acabar la primera lectura de la primera carta.)

Gracias de antemano.

La incomunicación padres~ hijos

CARTA INTEMPERANTE A UNOS PADRES QUE SE QUEJAN DE QUE SUS HIJOS NO SE COMUNICAN CON ELLOS

Contiene algunas afirmaciones verdaderas. No es imprescindible que sean las que a Vd. le gustan o las que Vd. comparta.

Estimados amigos:

Estoy harto de tópicos, de palabras de comprensión y de propósitos de la enmienda. Estoy harto de oírles quejarse de sus hijos: de su cerrazón, de su falta de sinceridad, de sus extravagancias. Estoy harto de su persistente hipocresía.

Son Vds. los culpables del silencio de sus hijos. Vds., que han roto toda posibilidad de comunicación desde que adoptaron, como piedra angular de su educación el poder (bueno, SU poder) y como principio irrefutable el de autoridad (SU autoridad). Como si padres e hijos fuesen correlativos a superiores y súbditos. ¡Cuántas veces, mantener a ultranza el principio de autoridad, sólo quiere decir mantener a ultranza el dominio de la situación. Cuando los tiranos no quieren parecerlo descaradamente, defienden sus actuaciones en la necesidad de mantener fuertemente el principio de autoridad.

¿Que Vds. se sienten rechazados por su hijos? ¿Y las infinitas veces que Vds. les han insultado, les han humillado con sus juicios inapelables, con sus insinuaciones, con sus desconfianzas, con sus presentimientos malintencionados? ¿Es que los hijos tienen que aguantarlo todo?

No sean tan ridículos diciendo que Vds. tienen derecho a su confianza. La confianza no es un derecho conquistado: brota espontáneamente. Cuando unos padres se quejan de no tener la confianza de sus hijos, se están condenando a sí mismos; no fueron capaces de sembrarla ni de crear el clima en el que la confianza puede desarrollarse.

Ustedes son responsables de su silencio, porque están maniatados por el miedo: miedo al futuro, miedo al qué dirán, miedo a la censura de sus hijos, miedo a la personalidad de sus hijos, miedo a su autonomía (cuando Vds. ya no les serán indispensables), miedo al hijo extraviado, miedo a la hija embarazada, miedo al escándalo público; miedo, incluso, a enfrentarse con una manera de pensar discrepante; miedo a dialogar, miedo... Y se refuerzan las posiciones, no desde la libertad, ni desde el amor, sino desde el poder. Y ya sólo hay actitudes agresivas y defensivas. Y encima, cuando han creado Vds. esta situación, quieren exigir a los hijos que sean ellos los primeros en tender el puente levadizo. ¿Crean Vds. que un puente levadizo entre dos fortalezas, es el sitio adecuado para comunicarse?

¿Cuántos de Vds. conocen a sus hijos? ¿Cuántos se han preocupado de conocerlos, por el único camino posible, que no es el de preguntar juicios a sus educadores, sino por el acercamiento, la comprensión, no aplicándoles clichés prefabricados y rechazándolos si no se amoldan a los mismos? ¿También Vds. juegan al insuficiente y al sobresaliente en el conocimiento de sus hijos? ¿No basta ya con que lo hagan los profesores?

En realidad, ¿qué les interesa a Vds. de sus hijos? Un poco su salud (fuerza mayor) y sus estudios, su porvenir (mediatizado por los propios intereses o puntos de vista, porque claro...), lo que haga por la calle (por lo que digan de la familia). ¿Qué saben Vds. de sus mareas interiores, de sus apetencias personales más profundas, de sus nieblas y tinieblas sobre su identidad personal, su futuro en la vida, su futuro en la muerte? ¿Qué conocen Vds. de ese germinar el amor en ellos, maravilloso, idealizado y borrascoso? ¿Cómo puede andarse en ese mundo a manotazos contra un primer amor (y muchas insinuaciones y sonrisitas son peor que manotazos), ridiculizando el encuentro con la vida, y encima dándoles el ejemplo grotesco de un amor aburrido (si no infiel) que presentan Vds. en su propia casa? Ustedes han amordazado sus besos, y ahora moralizan farisaicamente sobre los besos de los adolescentes en la plaza pública. Y ellos los ocultan, para que Vds. no se los manchen. Y esos besos, por vivir en la penumbra, se irán pudriendo poco a poco:

pero la culpa fue de quienes les arrinconaron en los sótanos y garajes.

¡Cuántos desprecios de sus padres acumulan los adolescentes desde los 13 hasta los 18 años! Para sus padres, todo resulta despreciable: su lenguaje, su música, sus ídolos, sus vestidos, sus valores, sus creaciones, sus diversiones, su audacia, su idealismo...

Y las terribles inconsecuencias: madres cotillas irresponsables en sus juicios, superficiales en sus motivaciones y aspiraciones, falsas en su piedad, que exigen, en tonos melodramáticos, de sus hijas: sinceridad, ir a misa los domingos, responsabilidad en sus estudios...

Si habéis traducido educar por domar, y las cosas os han salido bien, habréis logrado hijos obedientes, no comunicativos.

¿Cuánto tiempo estáis con vuestros hijos? Ya sé que la culpa la tienen los negocios, las reuniones sociales, el trabajo fuera de casa, los horarios incompatibles, el



¡Cuántas veces mantener a ultranza el principio de autoridad, sólo quiere decir mantener a ultranza el dominio de la situación!

que están lejos, en la Universidad... Sí, ya lo sé. Pero sin tiempo, sin mucho tiempo, sin posibilidad de deshielos, sin creación del ambiente, sin reposo, nunca surgirá el diálogo. Y no me digáis que negocios, viajes, reuniones sociales, trabajo fuera de casa... todo eso es por ellos. Si ellos no os tienen... Si hay tiempo para todo menos para eso, vosotros estáis atrapados, ellos lejos. Pero ellos no tienen la culpa de la incomunicación.

Comprendo que no es nada fácil ser padre. Reconozco que ninguno se habrá preparado para serlo, y que todo han sido sorpresas (las de menos son las de las esposas no iniciadas; las de más, descubrir que hay un mundo de convivencia que tiene sus imperativos y su modo peculiar de comportarse; y que se tienen hijos, no para lograr un seguro de vejez, sino para lograr que sean autónomos, independientes, con personalidad, incluso discrepantes; y que en la adolescencia la discrepancia parece rebeldía, desagradecimiento y prisa por perder las andaderas). Reconozco que el haber sido el ídolo del hijo, y que el propio hijo les baje del pedestal, tiene que ser una experiencia enormemente incómoda. Pero también eso estaba contenido en «ser padres» cuando optaron por serlo.

¿Que si me extraña su obsesión por la ortodoxia, sobre todo religiosa? Pues sí. Esa especie de reproducción en los padres, de la figura del gran Inquisidor, que cree firmemente que tiene el poder de Dios, que se apoya, como razón, en su poder, y que pone la verdad por encima de la persona del hijo. (Lograr que no haya herejes, no es lograr que haya cristianos; lograr llenar una iglesia, no es lograr que existe una Eucaristía; arrancar las malas hierbas, no es sembrar trigo; evitar el mal, aún no es hacer el bien; castigar a la oveja perdida, no es ponerla sobre los hombros.) Esa especie de angustia de muchas madres que sienten la necesidad de volver a coaccionar al cristianismo. Ese estar ciegos para aprender de Dios la paternidad; lloviendo sobre justos e injustos, esperando, queriendo aún al pródigo cuando se va, pero mucho más cuando vuelve, sin pedir explicaciones o justificaciones previas.

Y cuando ya se tiene preformado el ideal del futuro del hijo: realización de todo lo que los padres no pudieron conseguir, revancha de sus propias frustraciones... ¿No comprenden que así no puede haber comunicación, porque el hijo se siente coaccionado de antemano a representar un papel, pero no el suyo? ¡Y luego, las simplificaciones! ¡Las generalizaciones! Todos los hijos con preocupaciones sociales son comunistas. Todos los comunistas machacaron a España. Todos los que suspenden son vagos y parásitos. Todos los amigos de sus hijos son tan despreciables como ellos, y como los que aparecen en las noticias de los periódicos... Esta falta de objetividad es la que aleja tanto al hijo, que siente el desprecio de su amigo mucho más que el propio. Y el propio, que viene de sus padres, lo siente tanto, que no podrá jamás acercarse con confianza al padre que le ridiculizó, a la madre que, de entrada, ya pensó mal y supuso lo peor.

¿Que son superiores a sus hijos? Claro: en años. Que no significa lo mismo que en experiencia, ni en cultura, ni en sentido crítico, ni en autonomía y personalidad. Ah, sí, perdón, también en dinero (peligrosa superioridad, sobre todo cuando es la amenaza de tener amarrado al hijo: a los perros se les retiene con una cadena; a algunos hijos, con suprimir la paga del domingo). Y además, ¿basta ser superio-

res? Conocimos a uno, que, siéndolo, lavó los pies a sus inferiores, y dijo que era esa la tarea del que es superior; llámese autoridad, padre, maestro...

¿Han pensado alguna vez quién pide cuentas a los padres? Porque los hijos son llamados a capitular con la frecuencia que cada uno de Vds. sabe. Pero, ¿quién llama a capitular a los padres? Nadie: Los hijos, no, porque son unos mocosos. La sociedad, no; sólo lo hace cuando ya llega la sangre al río. ¿Dios? ¿Hablan con Él? ¿Dios trata así a sus hijos? ¿La ciencia, la psicología, la pedagogía? ¿Se han preparado alguna vez los padres para serlo? ¿Saben, de verdad, lo que es un adolescente?

La violencia (en las palabras, en las insinuaciones, en las represalias, y no pocas veces, con golpes bofetadas) es suficiente para alejar a cualquier hijo de una manera definitiva. Pero creo que aleja mucho más a los hijos, cuando Vds. les juzgan superficialmente, sólo por las apariencias, sólo por lo que Vds. significan los signos externos que ven; sin haber llegado nunca a comprender los sentimientos y motivaciones que les hacen ser como son y presentarse como se presentan. Pero, todavía más que la superficialidad, les lastima el desprecio con que muchas veces son tratados. Son heridas que no curan. Y la gangrena es cuando son traicionados, cuando su intimidad personal, o los propios fallos son utilizados por sus padres para conversar con los demás (y para justificarse en contra del hijo). En todo este capítulo, las torpezas son tan evidentes, que uno comprende ese enorme foso entre padres e hijos, que parece infranqueable.

Si soy sincero, creo que debería haber empezado la carta diciendo que lo que exigen no lo dan. ¿Cuántas veces se han franqueado con sus hijos, han sido realmente sinceros con ellos? ¿Creen que sus hijos conocen sus verdaderas preocupaciones? ¿Que para ellos es un mundo claro el que viven, una vez que trasponen el umbral de su casa? Si ellos hiciesen de inquisidores al volver Vds. a casa, ¿tendrían respuestas abiertas, o utilizarían su mismo lenguaje: «por ahí, cosas mías, lo mío no te interesa»? La comunicación, la confianza, la mutua comprensión tiene una reciprocidad que si no se da, puede producir el despojo de las confidencias de uno, pero uno se siente eso: despojado. Y la comunicación se trunca. ¿Comprenden Vds. sus aventuras, sus equivocaciones, sus fracasos, sus hallazgos? ¿Los conocen sus hijos?

A lo mejor piensan que he utilizado este método de acusarles de la incomunicación que sus hijos tienen con Vds., como un procedimiento retórico. Lo siento. Estoy completamente persuadido de que la incomunicación de sus hijos depende, en un 100 % de Vds. No me importa (ni matemáticamente hablando) que tuviese que decirles exactamente lo mismo a sus hijos. Es que creo que es así. El diálogo, la comunicación, sólo se establecen cuando se rompe el esquema de armisticio (cedemos hasta la mitad del camino) recorreremos cada uno todo el camino.

Si hablamos de auténtica comunicación. Si sólo quieren lograr que sus hijos sean sinceros para conocer toda su vida, y así tenerlos dominados, entonces, amigos, arréglese como puedan, que ellos ya buscarán sus estrategias de encubrirse para mantener su libertad.

Amistosamente:



CARTA INTEMPERANTE A UNOS ADOLESCENTES QUE SE QUEJAN DE QUE NO SE PUEDEN COMUNICAR CON SUS PADRES

Contiene algunas verdades nada despreciables. Hay muchas afirmaciones que con sólo darles la posibilidad de que sean verdad, se verán como verdaderas.

Queridos amigos:

A veces oíros hablar, es una delicia. Pero otras muchas veces, es un dolor. Estáis incomunicados, pero sois vosotros los que levantáis el muro y tejéis las albradas. Y cuando queréis pasar, os lastimáis en la defensa que habéis creado para manteneros autónomos, pero también incomunicados.

Casi todos los diálogos con vuestros padres los rompéis, los destrozáis, porque os apoyáis exclusivamente en que «tenéis razón». ¿Pero habéis olvidado que la razón nunca se tiene contra las personas? ¡Qué audaz es decir que se tiene razón contra otra razón! Porque, jugando con apreciaciones, con valores, con puntos de vista, con maneras de concebir la vida... ¿Cómo puede tener alguien razón contra la razón del otro?

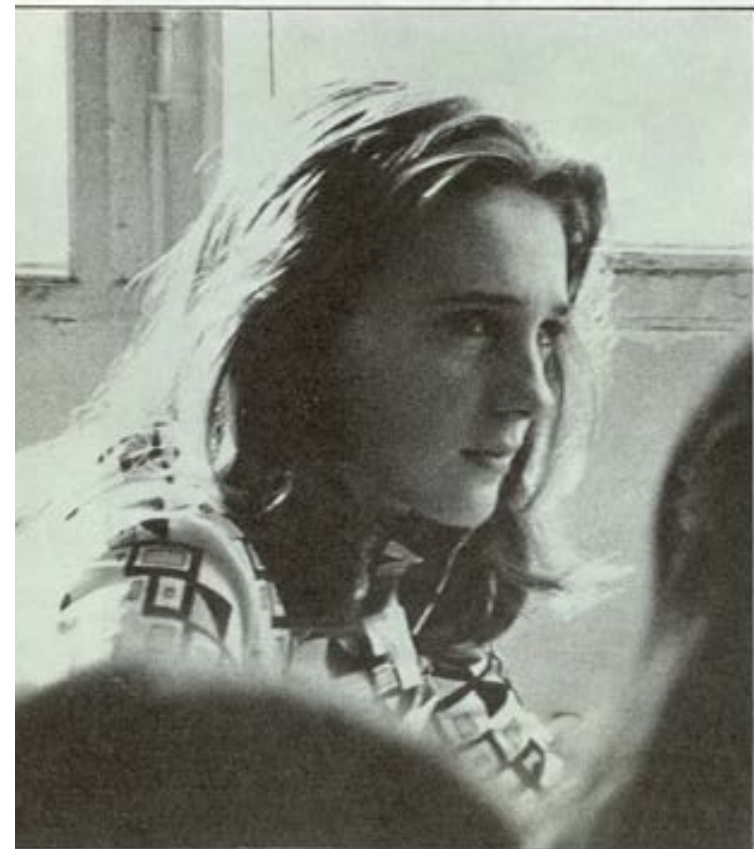
También os acuso de algo que, si no fuera vil, lo llamaría estúpido: yo no voy a hablar a favor de vuestros padres, porque sois vosotros los que tenéis que hablar, y vivir, y gritar, a su favor. ¿No os parece despreciable tirar vuestra propia vida, con toda su vitalidad original, creadora o crítica, contra ellos, que son, antes que vosotros mismos, el origen de vuestra vida? No me digáis que no se la pedisteis, porque estáis gritando, porque la queréis, y, además, ese viejo dicho está completamente pasado de rosca:

sólo pueden permitirse el lujo de decirlo quienes han recibido la vida.

Sois personas que todo lo quieren a las inmediatas: las soluciones, los cambios en los adultos, la confianza de unos padres que tienen, por necesidad de la vida, la imagen de los niños que fuisteis hace muy poco y necesitan tiempo para que esa imagen funda con la del adulto que seréis, pero que todavía no es más que una insinuación. No sabéis esperar. No queréis esperar. Lo queréis todo inmediato, como despojo de guerra, no como cosecha madurada en dos estaciones.

Sois intransigentes, porque traducís afirmación del yo como que vuestro yo, lo vuestro, GANE. Ya sé que no podéis traducir bien a la primera. Pero quiero que sepáis que eso está muy mal traducido. La afirmación del yo no es equivalente a la prevalencia del yo, a la imposición del yo a los demás. La cultura occidental tradujo y traduce tan mal como vosotros, y sigue dando la razón a quien tiene el poder. Pero vosotros, con vuestros padres, queréis seguir entrando en el juego.

Pedís que os comprendan. ¿Nunca habéis experimentado la sensación de no comprenderos a vosotros mismos? ¿Nunca habéis sufrido por no saber expresaros, por no ser capaces de encontrar palabras para describir vuestro caos interior? ¿Por qué exigís a vuestros padres que traduzcan lo intraducible, que comprendan lo que vosotros no sois capaces de comprender y sois incapaces de formular? ¿No os parece que estáis exigiendo un imposible, que



comprendéis en vosotros mismos, pero que empleáis como acusación contra vuestros padres?

¿Creéis que siempre estáis rechazados, reprimidos, esclavizados? ¿Habéis hecho recuento, aunque sea un poco a la ligera, de todo lo que en vuestros padres es entrega, preocupación, trabajo, vida para vosotros; gustos, caprichos, deseos vuestros satisfechos? ¿Por qué retenéis y recordáis y les echáis en cara los «no», y nunca los «síes» que no son de detalle, sino que jalonan toda vuestra existencia, y también la de ellos?

La adolescencia, la edad que os toca vivir, dice que es iconoclasta por antonomasia: que necesita derribar los antiguos ídolos, los que poblaron vuestra propia infancia, y que vosotros, además, identificáis con los ídolos de vuestros padres, que son quienes llenaron las hornacinas de vuestro mundo infantil. Parece inevitable esa como necesidad de afirmarse destruyendo. Pero, ¿cómo podéis ser tan poco objetivos, que no os déis cuenta de que estáis construyendo un nuevo Olimpo con dioses tan efímeros que los destronáis cada época, cada alud de la moda, cada nuevo cantante? (que sigue pareciéndose al conductor de la manada de hombres en la selva: también era el primero el que más gritaba; la afinación del grito no importaba; era sólo la potencia, el imperio del decibelio).

¿Que vuestros padres no se interesan por vuestros problemas? ¿Me queréis decir cuánto os interesáis vosotros por los suyos? ¿Habéis pensado si los tienen? ¿Que no os dedican tiempo? ¿Me queréis decir cuánto tiempo les dedicáis vosotros? ¿Qué pasa, cuando está llegando el postre a la mesa? ¿No os habéis levantado dos veces a hablar por teléfono, y ya os estáis marchando a la calle, y agotáis las horas de la tarde fuera? Realmente, ¿les dedicáis vuestro tiempo? Puede ser que ellos no os dediquen su tiempo. Pero vosotros tampoco. Y ellos tienen a su favor que mucho del tiempo que no los tenéis, trabajan para vosotros. El tiempo que vosotros no les

dedicáis, os lo reserváis para vosotros. El tiempo que vosotros no les dedicáis, os lo reserváis para vuestra diversión, para vivir vuestro aparte. Y no hagamos entrar la contabilidad: porque fueron muchas las horas de vuestros primeros meses, años, enfermedades... tiempo sin contabilizar, amigos, y del que no se piden cuentas, porque no hay por qué pagar hora por hora. Pero tampoco hay por qué escatimar hasta esas medias horas indispensables para poder conversar, entenderse, comentar y comprenderse.

Se ha creado el tópico de que no os podéis comprender. Dejadme que le llame tópico, y que os llame insulsos, porque lo admitís sin hacer la menor crítica, convirtiéndolo en un postulado que no requiere la menor comprobación. ¿Por qué no lo admitís como un desafío, y deshacéis de una vez semejante «a-priori»? Pienso que dos generaciones no se pueden comprender, si no quieren comprenderse. No admito nada más, y me extraña muchísimo que seáis tan conformistas. ¿O es que os conviene serlo, para poder acusar a vuestros padres?

A no ser que vosotros, sólo digáis que vuestros padres os comprenden, cuando os dan la razón. Porque entonces volvéis a traducir muy mal: comprender no es dar la razón: es captar la realidad de vuestros sentimientos, aunque éstos sean turbios y no merezcan aprobación.

No os estoy diciendo que tenéis que dar algo a cambio, para que os comprendan en ese sentido: para que ganéis o para que os dejen ganar. Si eso es comunicarse, establecer un trato comercial en el que déis algo a cambio, para que os concedan la razón, privilegios o facilidades, entonces hablamos de algo completamente distinto a la comunicación humana. Pero muchas veces dáis la impresión de que lo único que queréis es eso: que no os importa encontraros con unas personas, sino obtener de ellas un reconocimiento, un permiso o un transigir. No me extrañaría que pensáseis así, pero si la comunicación humana también es un intercambio comercial... eso, ¿no lo criticáis?

Muchas veces os encubris, mentís, os ocultáis. Sois



vosotros mismos los que sabéis que lo que hacéis está mal. Esta falta de sinceridad no se debe a la intransigencia de vuestros padres, sino a vuestra propia vergüenza. Es cierto que os justificáis diciendo que no queréis que sepan que les falláis. Pero todavía hay algo mejor: no fallarles. Y otra mejor que el encubrirse: darles la muestra de confianza de reconocer vuestro fallo.

Hay algunos, entre vosotros, que merecen todo mi desprecio: son los que tienen amedrentados a sus padres. Con eso de que hoy los jóvenes son capaces de cualquier cosa: de romper todos los moldes, de fugarse de casa, de crear situaciones extremas, tenéis a vuestros padres atemorizados, y jugáis al chantaje de peor calidad: aquel que explota el amor de unos padres que estarían dispuestos a darlo todo por el bien de sus hijos. Quedan otros más despreciables: los que desprecian a sus padres. Los que se mofan o ridiculizan su decrepitud, su falta de juventud, de cultura, de actualización. Posiblemente, en la escala de la infrahumanidad, estos hijos deberían ocupar el último lugar. Y no pedir jamás ser comprendidos. Lo único que merecen es ser borrados de la humanidad, que debe expulsar semejante híbrido de la naturaleza. Y ahora, sed sinceros: ¿es que nunca habéis despreciado a vuestros padres? ¿Vuestra manera de dirigiros a ellos, de exigirles, de comentar entre vuestros amigos sus decisiones, de marcharos sin respuesta... no es despreciarlos de la manera más sensible y dolorosa para ellos? Hay diálogos entre hijos y padres, en los que lo único que destaca es la desfachatez del hijo, la necedad del imbécil que se atreve a despreciar la situación, las palabras, las personas de sus padres. ¿Cómo que son los padres los que hacen imposible toda comunicación?

Nunca os echaré en cara vuestra rebeldía: la considero un ensayo de hombría, de personalidad naciente. Sí el identificar la rebeldía contra la sociedad, con la rebeldía contra vuestros padres. ¿No habéis pensado que también vuestros padres son víctimas de esa sociedad, mucho más que protagonistas de la misma? ¿De verdad que no queréis dejarles ser superficiales? Me encanta. Y vosotros, ¿seríais capaces de no serlo tampoco? ¿Habéis reflexionado alguna vez sobre los prisioneros en la jaula del consumo?

¿Habéis reflexionado alguna vez qué trato merecen los más mayores, y más todavía cuando se van acercando a la vejez? ¿Nunca oísteis que, para poder tratar a las personas, hay que intentar conocerlas? ¿Me queréis contestar si conocéis, de verdad, a vuestros padres, su historia íntima, sus preocupaciones actuales, todo ese mundo interior del que sólo conocéis la superficie? ¿Conocéis de verdad lo que ellos quieren de vosotros y para vosotros? ¡Vais tan al galope, que ni siquiera les escucháis! Sospecho que no son ellos los que más se cierran al diálogo.

¿Sabéis una cosa? Que muchas veces queréis a vuestros padres a vuestro servicio. Queréis vuestras ideas sin ellos, pero la paga del domingo con ellos. Os humilla la paga del domingo, porque no habéis logrado que sea, también, una comunicación; porque no les dáis espontáneamente lo vuestro, que vale mil veces más que la paga del domingo.

¿Que sois incompatibles? ¿Ha nacido otra nueva raza de inquisidores, que, a los incompatibles, los elimine? Creí que, al menos vuestra generación, iba a dar un paso al frente en la convivencia con los incompatibles; pero, por lo visto, criticáis a los inquisidores, pero seguís eliminando a los que no comulgan con vuestras ideas.

Quiero acabar, aunque me imagino que no habréis llegado hasta aquí en vuestra lectura. Y eso sí que lo comprendo. Me parece imposible que un sólo adolescente merezca todos los párrafos de esta carta. Pero conozco adolescentes que encarnan todas estas actitudes.

No soy buen matemático. Pero lo que tendría que decir a los adolescentes, es que la solución del problema de la incomunicación con sus padres, depende de ellos en un 100 por 100. Y es un objetivo asequible, que merece la pena intentarse. Ni a la defensiva ni agresivamente a la ofensiva. Simplemente, encontrarse.

¡Ah!, y perdonad mi agresividad. Si la empleáis vosotros contra vuestra propia manera de actuar, no habría tenido que emplearla yo contra vosotros.

Esta carta tampoco deben leerla vuestros padres. Por favor: a vosotros os fastidia. Pero a ellos les iba a doler mucho.

Amistosamente,

Joaquín María García de Dios

ACTIVIDADES PARA UNA ESCUELA DE PADRES

Estudio de un Documento. (Lab. 6. 07)

Objetivo: Aclararse sobre las verdaderas causas de la incomunicación padres-hijos.

Método: Utilizar estos documentos:

- Leer los dos.
- Deducir las actitudes anticomunicación en los padres.
- Deducir las actitudes anticomunicación en los adolescentes.
- Jerarquizar (por importancia creciente o decreciente) las de los padres.
- Jerarquizar las de los hijos.
- Intentar una jerarquización mezclando actitudes de padres y adolescentes, desde el punto de vista de su anti-comunicación.
- Consecuencias: Estrategias a seguir con los padres.
- Consecuencias: Estrategias a seguir con los adolescentes.

NOTA: Estas mismas actividades podrían realizarse con grupos de adolescentes.